

2. Segunda charla: El sacerdocio “diferente” de Cristo - Heb 7

Después de la densidad de la reflexión doctrinal del capítulo 5 y de la conclusión del capítulo 6, con esta charla llegamos al corazón de la contemplación del autor de la Carta a los Hebreos sobre el sacerdocio de Jesús. Retomando la imagen de la piedra echada en el lago, podemos decir que con esta página del Nuevo Testamento la línea sacerdotal de Melquisedec de que hemos empezado a hablar comentando Gen 14 llega a su cumplimiento.

¹ Se sabe que Melquisedec, rey de Salem, sacerdote del Dios Altísimo, salió al encuentro de Abrahám cuando volvía de derrotar a los reyes; bendijo a Abrahám ² y Abrahám le dio la décima parte de todo el botín. El nombre de Melquisedec significa «rey de justicia», y además era rey de Salem, o sea, «rey de paz». ³ No se mencionan ni su padre ni su madre; aparece sin antepasados. Tampoco se encuentra el principio ni el fin de su vida. Aquí tienen, pues, la figura del Hijo de Dios, el sacerdote que permanece para siempre. ⁴ ¡Imagínense quién puede ser este hombre al que nuestro antepasado Abrahám entrega la décima parte del botín! ⁵ Solamente los sacerdotes de la tribu de Leví están facultados por la Ley para cobrar el diezmo de manos del pueblo, es decir, de sus hermanos de la misma raza de Abrahám. ⁶ Y aquí Melquisedec, que no tiene nada que ver con los hijos de Leví, cobra de Abrahám el diezmo y después bendice a Abrahám, el hombre de las promesas de Dios; ⁷ pero no cabe duda que corresponde al superior bendecir al inferior. ⁸ En el primer caso, los hijos de Leví que cobran el diezmo son hombres que mueren; en cambio, Melquisedec es presentado como el que vive. ⁹ Además, por así decirlo, cuando Abrahám paga el diezmo, lo paga con él la familia de Leví, ¹⁰ pues de alguna manera Leví estaba en su abuelo Abrahám cuando Melquisedec le vino al encuentro. ¹¹ Así, pues, el sacerdocio de los levitas, que es el fundamento de la legislación de Israel, no es capaz de llevar al pueblo a la religión perfecta. De lo contrario, ¿qué necesidad habría de otro sacerdocio, no a semejanza de Aarón, sino a semejanza de Melquisedec? ¹² Y si hay un cambio en el sacerdocio, necesariamente la Ley también ha de cambiar. ¹³ Jesús, al que se refiere todo esto, pertenecía a una tribu de la que nadie sirvió jamás al altar. ¹⁴ Pues es notorio que nuestro Señor salió de la tribu de Judá, de la que Moisés no habló cuando trató de los sacerdotes. ¹⁵ Todo esto se hace más claro si el sacerdote a semejanza de Melquisedec recibe su cargo ¹⁶ no por efecto de una ley humana, sino por el poder de la vida que no conoce ocaso. ¹⁷ Pues la Escritura dice: Tú eres sacerdote para siempre a semejanza de Melquisedec. ¹⁸ Con esto se cancela la disposición anterior, que resultó insuficiente e ineficaz, ¹⁹ pues la Ley no trajo nada definitivo, y al mismo tiempo se nos abre una esperanza mucho mejor: la de tener acceso a Dios. ²⁰ Y aquí tenemos un juramento, lo que no se dio cuando los otros fueron hechos sacerdotes. ²¹ Él fue confirmado con este juramento: El Señor lo ha jurado y no se vuelve atrás: Tú eres sacerdote para siempre.

²² Esta es la prueba de que Jesús viene con una alianza mucho mejor. ²³ Los sacerdotes anteriores se sucedían el uno al otro porque, siendo mortales, no podían permanecer. ²⁴ Jesús, en cambio, permanece para siempre y no se le quitará el sacerdocio. ²⁵ Por eso es capaz de salvar de una vez a los que por su medio se acercan a Dios. El sigue viviendo e intercediendo en favor de ellos. ²⁶ Así había de ser nuestro sumo sacerdote: santo, sin ningún defecto ni pecado, apartado del mundo de los pecadores y elevado por encima de los cielos. ²⁷ A diferencia de los sumos sacerdotes, él no tiene necesidad de ofrecer diariamente sacrificios, primero por sus pecados, y luego por los del pueblo. Y para el pueblo no lo hizo sino una sola vez ofreciéndose a sí mismo. ²⁸ Así, pues, los sumos sacerdotes que establece la Ley demuestran sus limitaciones, mientras que ahora, después de la Ley, Dios habla y pronuncia un juramento para establecer al Hijo eternamente perfecto.

El capítulo 7 tiene el estilo típico de una homilía judía, como explicación del capítulo 14 del Génesis, empezando de sus silencios para describir la figura de Cristo Sumo y Eterno sacerdote. Después haber retomado literalmente las palabras de este texto del Antiguo Testamento en los versículos 1-2, al versículo 3 el autor hace una explicación de gran importancia sobre Melquisedec y la aplica a Cristo. Este sacerdote no tiene madre y padre y no se puede colocar en alguna afiliación humana. No se puede ver su descendencia. Es un elemento en contraste con la línea sacerdotal de Aarón, que se desarrollaba solamente en la afiliación a la tribu de Levi. Este sacerdocio diferente, prefigurado en Melquisedec y cumplido en Cristo, sobra cada caracterización humana y no se puede reconstruir su descendencia. Eso es, sin embargo, un elemento en contraste con la línea sacerdotal levítica, que se fundaba sobre la afiliación carnal a la tribu de Levi. Este sacerdocio diferente, prefigurado en Melquisedec y cumplido en Cristo, sobra cada caracterización humana. No hay espacio en Cristo, y gracias a Él, en los que son sus ministros de alguna reivindicación humana. Al versículo 15 e 16 el autor dice con claridad: *“Todo esto se hace más claro si el sacerdote a semejanza de Melquisedec recibe su cargo no por efecto de una ley humana, sino por el poder de la vida que no conoce ocaso”* (Heb 7,15-16).

Ser de Cristo, como discípulos y ministros, en virtud del bautismo nos pone en esta generación nueva. San Pablo nos recuerda:

“Porque todos ustedes son hijos de Dios por la fe en Cristo Jesús, ya que todos ustedes, que fueron bautizados en Cristo, han sido revestidos de Cristo. Por lo tanto, ya no hay judío ni pagano, esclavo ni hombre libre, varón ni mujer, porque todos ustedes no son más que uno en Cristo Jesús. Y si ustedes

pertenecen a Cristo, entonces son descendientes de Abraham, herederos en virtud de la promesa” (Gal 3,26-29).

La única mediación salvadora de Jesús, su entrega hecha una vez para siempre para toda la humanidad es el fundamento de la universalidad de la Iglesia. A través de esta comunidad divina y humana, que continua en la historia la obra salvadora de Cristo, no hay algún espacio para particularidad. Todos, en fuerza del Espíritu Santo, participamos de la misma dignidad y somos llamados a heredar la misma promesa. Ser católicos (*katà olon*, “según el todo”), significa tener un corazón abierto a todas las culturas, los pueblos, las razas y las lenguas. En la Iglesia universal, en las Diócesis, en las comunidades religiosas, en los grupos eclesiales, no hay espacio para particularidades. No cuenta la afiliación a esa etnia o a otra, la proveniencia de una región u otra, este rango social u otro, tener un apellido u otro. En los Hechos de los Apóstoles, Lucas describe la realidad de la Iglesia de todo tiempo, llena de la potencia del Espíritu Santo el día de Pentecostés:

“Con gran admiración y estupor decían: «¿Acaso estos hombres que hablan no son todos galileos? ¿Cómo es que cada uno de nosotros los oye en su propia lengua? Partos, medos y elamitas, los que habitamos en la Mesopotamia o en la misma Judea, en Capadocia, en el Ponto y en Asia Menor, en Frigia y Panfilia, en Egipto, en la Libia Cirenaica, los peregrinos de Roma, judíos y prosélitos, cretenses y árabes, todos los oímos proclamar en nuestras lenguas las maravillas de Dios»” (Hechos de los Apóstoles 2,7-11).

En el versículo 3, siguiendo con la reflexión sobre Melquisedec como prefiguración de Cristo, el autor de la Carta a los Hebreos dice *“el sacerdote que permanece para siempre”*. El verbo *permanecer* indica una particular estabilidad que sobra el espacio y el tiempo. Los sacerdotes del Antiguo Testamento permanecían sacerdotes para siempre, hasta al fin de su vida, por eso las prerrogativas sacerdotales pasaban de padre a hijo. Al versículo 23 leemos: *“Los sacerdotes anteriores se sucedían el uno al otro porque, siendo mortales, no podían permanecer”*. Al contrario el Hijo siendo sin *“principio ni el fin de su vida”*, engendrado y no creado de la misma naturaleza del Padre, tiene un sacerdocio que no termina, porque permanece para siempre (cfr. vers. 3). El verbo permanecer nos invita a leer una página del Evangelio de San Juan:

“Permanezcan en mí, como yo permanezco en ustedes. Así como el sarmiento no puede dar fruto si no permanece en la vid, tampoco ustedes, si no permanecen en mí. Yo soy la vid, ustedes los sarmientos El que permanece en mí, y yo en él, da mucho fruto, porque separados de mí, nada pueden hacer.

[...] Como el Padre me amó, también yo los he amado a ustedes. Permanezcan en mi amor. Si cumplen mis mandamientos, permanecerán en mi amor como yo cumplí los mandamientos de mi Padre y permanezco en su amor.” (Jn 15, 4-5.9-10).

La imagen de la vid y las ramas nos ayuda a comprender la relación entre el Padre y Jesús, como fundamento también de nuestra relación con Él. Jesús permanece en el Padre, cumpliendo sus mandamientos, su voluntad. Sabemos que la suma realización de su voluntad es en la entrega total sobre la Cruz. Como Jesús permanece en esta comunión de voluntad con su Padre, así también nosotros podemos entrar en esta relación con Jesús y participar a la misma relación amorosa. Por eso preguntémonos: ¿Qué hay en nuestro corazón? ¿Somos como cañas golpeadas por el viento o tratamos de construir nuestra vida en esta relación profunda y radical con Cristo? Hacer la voluntad de Dios, buscarla en lo que nos pasa y en lo que se nos pide, significa “permanecer” en Él. La tentación del cambio y de la fuga está siempre cerca de nosotros. Aferrarse a Cristo, Sacerdote eterno, nos salva, haciéndonos experimentar su amor y gracia en nuestra existencia. San Pablo nos recuerda: *“habiendo sido yo mismo alcanzado (katelemfthen) por Cristo Jesús”* (Flp 3,12), en una traducción mejor: *“he dejado que Cristo me aferrara”*. El Código de derecho canónico, en el primer canon que habla de la vida consagrada, hablando de la estabilidad dice:

“La vida consagrada por la profesión de los consejos evangélicos es una forma estable de vivir en la cual los fieles, siguiendo más de cerca a Cristo bajo la acción del Espíritu Santo, se dedican totalmente a Dios como a su amor supremo, para que entregados por un nuevo y peculiar título a su gloria, a la edificación de la Iglesia y a la salvación del mundo, consigan la perfección de la caridad en el servicio del Reino de Dios y, convertidos en signo preclaro en la Iglesia, preanuncien la gloria celestial” (can. 578 par. 1).

El amor de Cristo, con su llamada singular y única, nos ha puesto en esta nueva vida y condición. Al fundamento hay su iniciativa gratuita que exige una respuesta total y llena, que se declina en el permanecer en Él. Me gustaría aquí compartir con ustedes un pasaje de la Confesiones de San Agustín, que nos ayuda a entender más esta dimensión del permanecer en Cristo:

“¡Tarde te amé, belleza tan antigua y tan nueva, tarde te amé! (sero te amavi...). Y he aquí que tú estabas dentro de mí y yo fuera, y por fuera te andaba buscando; y deforme como era, me lanzaba sobre las bellezas de tus criaturas. Tú estabas conmigo, pero yo no estaba contigo. Me retenían

alejado de ti aquellas realidades que, si no estuviesen en ti, no serían. Llamaste y clamaste, y rompiste mi sordera; brillaste y resplandeciste, y ahuyentaste mi ceguera; exhalaste tu fragancia y respiré, y ya suspiro por ti; gusté de ti, y siento hambre y sed; me tocaste, y me abrasé en tu paz” (SAN AUGUSTIN, Confesiones, X, 27, 38)

Siguiendo con nuestra reflexión sobre Melquisedec, el autor de Hebreos explica como Abraham, padre en la fe, dio a Melquisedec la décima parte. Hacer eso significa participar con sus bienes al sustentamiento del sacerdote. Eso estaba en el derecho de los hijos de Levi: los sacerdotes del culto de Israel tenían derecho de recibir esta décima parte, según las prescripciones del Antiguo Testamento (cfr. Nm 18,20-24; Nm 18,25-28; Ne 10,37-38). El hecho que Melquisedec, aun no era miembro de esta tribu, recibe eso por Abraham, significa que este sacerdote misterioso es superior al mismo Abraham, también como a todos los hijos de Levi, porque el mismo Levi estaba todavía “en los lomos” de Abraham, siendo él su antepasado. Conectando de nuevo la figura de Melquisedec a Cristo como prefiguración, el autor de la Carta a los hebreos dice que también el Hijo de Dios, no desciende de una tribu sacerdotal (la de Levi), sino que nació de la tribu de Judas. El sacerdocio de Cristo, no siendo conectado a la línea de Aarón, entonces, es diferente y eficaz. El viejo sacerdocio solamente podía ofrecer algo de ritual, sin cambiar el corazón del hombre, lo de Cristo, al contrario, introduce en una esperanza mejor (v. 19), acercándonos a Dios verdaderamente. Adorar y servir a Cristo Sacerdote, que es la garantía de esta alianza mejor (v. 22), porque llena y cumplida, nos pone en comunicación con la salvación, permitiéndonos de recibir los frutos de la redención, porque El siempre “*está vivo*”.

Al versículo 26, con algunos adjetivos, son presentadas las cualidades espirituales de Jesús Sacerdote: santo, sin ningún defecto ni pecado, apartado del mundo de los pecadores y elevado por encima de los cielos. Él es santo, de la misma santidad de Dios, “*qadosh*”, separado. Esta santidad no lo aleja de los demás, sino lo enrolla en la vida de los hombres. Nosotros todos, como Jesus, somos llamados a esta santidad. No a la santidad del Antiguo Testamento, que imponía la separación de los demás, sino la del Hijo de Dios, que como buen samaritano de la humanidad se hace cargo del hombre que cayó en manos de los bandidos y le manifiesta su amor. Cuando pensamos en la santidad en nuestra vida, algunas veces nos olvidamos que ser santos no es simplemente llegar a una puridad exterior, fruto de un esfuerzo humano y de la distancia de los demás, sino como un donarnos a los demás, “ensuciando nuestras manos” con los demás. En la Exhortación Apostólica *Gaudete et Exsultate*, papa Francisco nos presenta dos riesgos conectados con la santidad: el gnosticismo y el pelagianismo. Son dos herejías de la Iglesia antigua que el Santo

Padre lee en modo actual como riesgos para nuestra concepción de santidad: uno, el neo-gnosticismo, reduce la verdadera fe y también la santidad a una visión intelectual y abstracta, aún que solamente quien comprende una doctrina puede retenerse un verdadero creyente, menospreciando a los demás. La santidad, entonces, sería solamente fruto de la inteligencia. Dice el Papa:

“Los «gnósticos» tienen una confusión en este punto, y juzgan a los demás según la capacidad que tengan de comprender la profundidad de determinadas doctrinas. Conciben una mente sin encarnación, incapaz de tocar la carne sufriente de Cristo en los otros, encorsetada en una enciclopedia de abstracciones. Al descarnar el misterio finalmente prefieren «un Dios sin Cristo, un Cristo sin Iglesia, una Iglesia sin pueblo»” (GE, n. 37).

Otro riesgo es definido por el Papa Francisco como neo-pelagianismo, de quien como los antiguos pelagianos subraya solamente el esfuerzo personal de una perfección moral, sin la intervención de la gracia. La santidad entonces sería solo como el esfuerzo de la voluntad, sin reconocer los límites que nosotros todos tenemos y que solamente la gracia de Dios puede ayudarnos a sobrar.

Para una concepción de santidad que evite los riesgos del intelectualismo y del voluntarismo tenemos que regresar siempre de nuevo a Jesús, nuestro Maestro. Escribe Papa Francisco:

“Jesús explicó con toda sencillez qué es ser santos, y lo hizo cuando nos dejó las bienaventuranzas (cf. Mt 5,3-12; Lc 6,20-23). Son como el carnet de identidad del cristiano. Así, si alguno de nosotros se plantea la pregunta: «¿Cómo se hace para llegar a ser un buen cristiano?», la respuesta es sencilla: es necesario hacer, cada uno a su modo, lo que dice Jesús en el sermón de las bienaventuranzas. En ellas se dibuja el rostro del Maestro, que estamos llamados a transparentar en lo cotidiano de nuestras vidas”. La palabra «feliz» o «bienaventurado», pasa a ser sinónimo de «santo», porque expresa que la persona que es fiel a Dios y vive su Palabra alcanza, en la entrega de sí, la verdadera dicha” (GE, 63-64).

Aceptando esta invitación del Papa, para comprender verdaderamente que significa que Jesús es sumo sacerdote santo y que tenemos que vivir nosotros para configurarnos a esa invitación, regresamos a leer y meditar las Bienaventuranzas.

Además de ser santo, Jesús es descrito como “inocente”. El texto original utiliza la palabra “*akakos*”, que literalmente significa “sin mal”, “sin malicia”. La

inocencia de Jesús, que es sin pecado, es la ausencia de toda malignidad. Muchas veces nuestras acciones son llenas de malignidad. Muchas veces leemos las situaciones y juzgamos las personas con ojos malos, subrayando más el mal que el bien que hay en ellos. Nuestra vida espiritual, entonces, tiene que ser necesariamente un serio camino de purificación del corazón. Lo que el sacrificio de Jesús ha hecho es la verdadera purificación del corazón. Mientras los sacrificios del Antiguo Testamento purificaban solamente en el sentido ritual, la gracia de Jesús, que Él nos donó mediante su misterio pascual, nos sana en profundidad, curando las heridas más íntimas que hay en nosotros. Leemos de nuevo una enseñanza de Jesús que nos ayuda a comprender más profundamente esta dinámica:

“luego Jesús mandó acercarse a la gente y les dijo: «Escuchen y entiendan: Lo que entra por la boca no hace impura a la persona, pero sí mancha a la persona lo que sale de su boca.» Poco después los discípulos se acercaron y le dijeron: «¿Sabes que los fariseos se han escandalizado de tu declaración?» Jesús respondió: «Toda planta que no haya plantado mi Padre celestial será arrancada de raíz. ¡No les hagan caso! Son ciegos que guían a otros ciegos. Y si un ciego guía a otro ciego, los dos caerán en el hoyo.» Entonces Pedro le pidió: «Explicanos esta sentencia.» Jesús le respondió: «¿También ustedes están todavía cerrados? ¿No comprenden que todo lo que entra por la boca va al estómago y después termina en el basural? En cambio lo que sale de la boca procede del corazón, y eso es lo que hace impura a la persona. Del corazón proceden los malos deseos, asesinatos, adulterios, inmoralidad sexual, robos, mentiras, chismes. Estas son las cosas que hacen impuro al hombre; pero el comer sin lavarse las manos no hace impuro al hombre.»” (Mt 15,10-20).

Esta enseñanza de la viva voz de Jesús nos dice que la verdadera inocencia, entonces, no puede reducirse solamente a una dimensión exterior de perfección comportamental, sino que se necesita una verdadera limpieza de corazón, que puede ser realizada solamente por el Espíritu Santo. Este Espíritu es el fruto de la Pascua, el primer don a los creyentes hecho por Jesús Crucificado y Resucitado. Tal vez también nosotros, cuando pensamos en la fidelidad de nuestros votos, a los consejos evangélicos de pobreza, obediencia y castidad, podemos ser condicionados a una comprensión que sea demasiado exterior, terminando por ser demasiado reductiva. Ser castos, según la enseñanza evangélica, entonces, no significa simplemente – como nos recuerda el Código de derecho canónico – “*continencia perfecta y perpetua por el Reino de los cielos*” (can. 277 para los clérigos y can. 599 para los religiosos), sino que se necesita evidentemente un camino constante de purificación del corazón, de la mente, de los deseos y de las miradas. La continencia exterior, como ausencia de toda relación sexual y física no es suficiente (aun sea el núcleo

jurídico de la castidad), si hace falta una real limpieza interior. ¡Se puede también ser castos exteriormente y en el mismo tiempo impuros de corazón! Jesús nos recuerda con fuerza en las Bienaventuranzas: “*Felices los de corazón limpio, porque verán a Dios*” (Mt 5,8). Un ejemplo que puede ayudarnos a comprender es lo de las monjas del monasterio de Port-Royal en Francia, donde vivía también la hermana Jacqueline del gran filósofo Blaise Pascal. Estas monjas seguían la herejía jansenista, que – para decirlo con palabras sencillas – era un modo de considerar el cristianismo solamente un fruto de empeño moral. El Arzobispo Péréfixe que fue enviado a predicar allí para extirpar la herejía de aquella comunidad rebelde, decía que las monjas eran “*puras como ángeles pero orgullosas como diábolos*”. Cada uno de nosotros, entonces, tuviera que preguntarse: ¿Cómo trabajo en la purificación de mi corazón? ¿Cuál es la idea de castidad y puridad que tengo y trato de vivir? Esa es una limpieza solamente exterior, de que incluso puedo presumir o es una verdadera inocencia del corazón, que es “restaurada” con los instrumentos humanos, como el equilibrio, la prudencia, las relaciones sanas y con los de la gracia, como la oración, el dialogo con Jesús, la relación con la Palabra de Dios, la frecuencia del sacramento de la Reconciliación, la Eucaristía. Solo así podremos verdaderamente vivir los consejos evangélicos y en particular la castidad no solamente como algo de exterior y pesado, de enfrentar exclusivamente con la fuerza de la voluntad, sino recibiendo el fruto verdadero del corazón indiviso, totalmente entregado a Cristo Jesús.

Otras cualidades aplicadas a Cristo Sumo Sacerdote son las de ser “*sin ningún defecto ni pecado, apartado del mundo de los pecadores*”. Tenemos juntos estos dos conceptos que se entienden recíprocamente. Ser sin defecto, sin manchas, significa ser “inmaculados”. Ser inmaculado por Cristo deriva de su ser en todo similar a sus hermanos excepto en el pecado, como nos ha dicho antes el mismo autor. Mientras cada sacerdote del Antiguo Testamento estaba manchado de su pecado personal, Cristo es inmaculado porque asumió en sí mismo todas las consecuencias del pecado, incluida la muerte, pero no el pecado mismo, que es “desviación”, “desobediencia”. Aún Él sea separado de los pecadores, en el sentido que no participa en su malicia, es misericordioso y lleno de amor para ellos, y por eso es sacerdote perfecto. Seguir a Él significa ponernos detrás de Él, distanciándonos del pecado. En la parte final de la Carta a los Hebreos el autor exhorta a los fieles diciendo: “*Ustedes se enfrentan con el mal, pero todavía no han tenido que resistir hasta la sangre*” (Heb 12,4). Esta lucha representa bien el sentido de nuestra vida espiritual. Lo que Jesús ya es, nosotros somos llamados a serlo en el camino de adhesión a Él y en la séquela. La vida religiosa – indicada como el seguir “más de cerca a Cristo” (can. 573), se tiene que ver como lucha constante contra el mal, el pecado y la tentación. El ser de Jesús sin manchas y separado del pecado, que se puede contemplar también en la Virgen María Inmaculada, preservada del pecado

por un singular privilegio de gracia para los méritos de su Hijo, se puede realizar también en nosotros como punto final de nuestra existencia. Cristo, por la intercesión de su Santísima Madre puede ayudarnos a cumplir en nosotros este camino de santidad. Es un camino cuesta arriba, pero somos llamados a escogerlo y vivirlo cada día. Preguntémonos cada día: ¿es esto lo que quiero verdaderamente? ¿Deseo luchar con toda mi fuerza para llegar a esta meta? ¿Yo sé que no estoy solo en este camino, sino que la intercesión de la Virgen me puede ayudar con la gracia de su Hijo a realizar en mí esta llamada? Nos ayuda otra página del Apóstol Pablo que a menudo leemos y rezamos en la liturgia de las Horas:

“Bendito sea Dios, el Padre de nuestro Señor Jesucristo, que nos ha bendecido en Cristo con toda clase de bienes espirituales en el cielo, y nos ha elegido en él, antes de la creación del mundo, para que fuéramos santos e irreprochables en su presencia, por el amor. El nos predestinó a ser sus hijos adoptivos por medio de Jesucristo, conforme al beneplácito de su voluntad, para alabanza de al gloria de su gracia, que nos dio en su Hijo muy querido. En él hemos sido redimidos por su sangre y hemos recibido el perdón de los pecados, según la riqueza de su gracia” (Ef 1,3-7).

Todas estas actitudes espirituales de Jesús se completan en la expresión final: *“elevado por encima de los cielos”*. ¿Qué significa esta expresión? Es una clara referencia a Jesús en su gloria. Ya hemos hablado antes de la promesa de la vida eterna como participación definitiva a la misma vida divina y cumplimiento de nuestro camino. Seguir a Cristo Sumo y Eterno sacerdote que está sentado a la derecha del Padre, vivo para interceder a nuestro favor, se traduce en un elemento fundamental de la vida religiosa: la llamada a ser signos de las realidades celestiales en este mundo. El Concilio Vaticano II, en un pasaje muy importante, que es como un programa de toda vida religiosa, nos recuerda:

“la profesión de los consejos evangélicos aparece como un símbolo que puede y debe atraer eficazmente a todos los miembros de la Iglesia a cumplir sin desfallecimiento los deberes de la vida cristiana. Y como el Pueblo de Dios no tiene aquí ciudad permanente, sino que busca la futura, el estado religioso, por librar mejor a sus seguidores de las preocupaciones terrenas, cumple también mejor, sea la función de manifestar ante todos los fieles que los bienes celestiales se hallan ya presentes en este mundo, sea la de testimoniar la vida nueva y eterna conquistada por la redención de Cristo, sea la de prefigurar la futura resurrección y la gloria del reino celestial. El mismo estado imita más de cerca y representa perennemente en la Iglesia el género de vida que el Hijo de Dios tomó cuando vino a este mundo para cumplir la

voluntad del Padre, y que propuso a los discípulos que le seguían. Finalmente, proclama de modo especial la elevación del reino de Dios sobre todo lo terreno y sus exigencias supremas; muestra también ante todos los hombres la soberana grandeza del poder de Cristo glorioso y la potencia infinita del Espíritu Santo, que obra maravillas en la Iglesia.” (Lumen Gentium, 44).

¡Qué gran responsabilidad es, entonces, para quien ha consagrado su vida al Señor, ser su “signo”, su “sacramento” en este mundo! ¿Tenemos consciencia de eso? ¿Recordamos que nuestro testigo de vida es un signo de Dios para el mundo? Mas somos fieles a nuestra vocación, mas podemos manifestar su presencia en el mundo y con las palabras de Pablo decimos a este mundo que “*somos ciudadanos del cielo*” (Fil 3, 20). Mirando a mi vida con discreción y sencillez, ¿mis hermanos pueden entrever este testigo?

Los últimos versículos de nuestro texto tienen una importancia particular, explicando el sentido del sacerdocio diferente de Cristo Jesús. Si este sacerdocio es diferente de lo de los sacerdotes del Antiguo Testamento y está en la línea de Melquisedec, ¿es esto también cumplimiento de su prefiguración? El autor contesta a esta pregunta en el versículo 27. Los sacerdotes antiguos, siendo pecadores, necesitaban de ofrecer a muchos sacrificios exteriores repetidamente, en primer lugar para ellos mismos y después para los pecados del pueblo. Jesús no necesita eso. El ofreció “*una sola vez*” (*ephapax*) no a algo de exterior, sino a sí mismo, cumpliendo la palabra del antiguo juramento y perfeccionándose para siempre. Esto es el corazón del sacerdocio de Jesús, único, eterno y irrevocable. En la Pascua de Jesús, con su ofrenda total al Padre y su entrega sin reservas se realiza la salvación definitiva para la humanidad. Después de aquel don, no hay necesidad de nada más para llegar a la presencia de Dios. Vivir como cristianos, entonces, es acoger esta ofrenda de Cristo, hecha por amor, en nuestra vida y unirnos a ella. El momento más alto de realización de eso en cada día de nuestra vida es la Eucaristía, adonde con la fuerza del Espíritu este evento realizado una sola vez para siempre por Jesús sobre la Cruz hace 2000 años, se repite en manera sacramental y podemos recibir sus frutos, adhiriendo a eso con nuestra vida y ofreciéndonos también con Él. Meditando con atención las palabras de las plegarias eucarísticas, podemos ver claramente estos pasajes. En particular en la Plegaria Eucarística III, después de la consagración del pan y del vino por la infusión del Espíritu y las santísimas palabras de Jesús, el sacerdote dice:

*“Dirige tu mirada sobre la ofrenda de tu Iglesia,
y reconoce en ella la Víctima
por cuya inmolación quisiste devolvernos tu amistad,*

*para que, fortalecidos con el Cuerpo y la Sangre de tu Hijo
y llenos de su Espíritu Santo,
formemos en Cristo un solo cuerpo y un solo espíritu.
Que él nos transforme en ofrenda permanente,
para que gocemos de tu heredad junto con tus elegidos:
con María, la Virgen Madre de Dios,
los apóstoles y los mártires,
y todos los santos,
por cuya intercesión
confiamos obtener siempre tu ayuda.” (Plegaria Eucarística III).*

Leyendo con atención estas palabras, podemos preguntarnos si nos sentimos verdaderamente destinatarios de un amor así grande de parte de Jesús y si, con esta consciencia, transformamos nuestra vida en Eucaristía, que es acción de gracias, y si está Eucaristía, por el gran dono que recibimos cada día, nos ayuda a hacer de nuestra vida una ofrenda viva con la de Jesús. Como Jesús ofreció a sí mismo una vez para siempre, así también nosotros somos invitados a ofrecer cada día nuestra vida a Él, llevando sobre el altar “*los gozos y las esperanzas, las tristezas y las angustias*” (*Gadium et Spes*, 1) de cada uno de nosotros, como ofrendas agradecidas al Padre para la salvación del mundo, juntas con nuestro vivir y servir su Reino.